

Guillermo Barrantes

Encallados

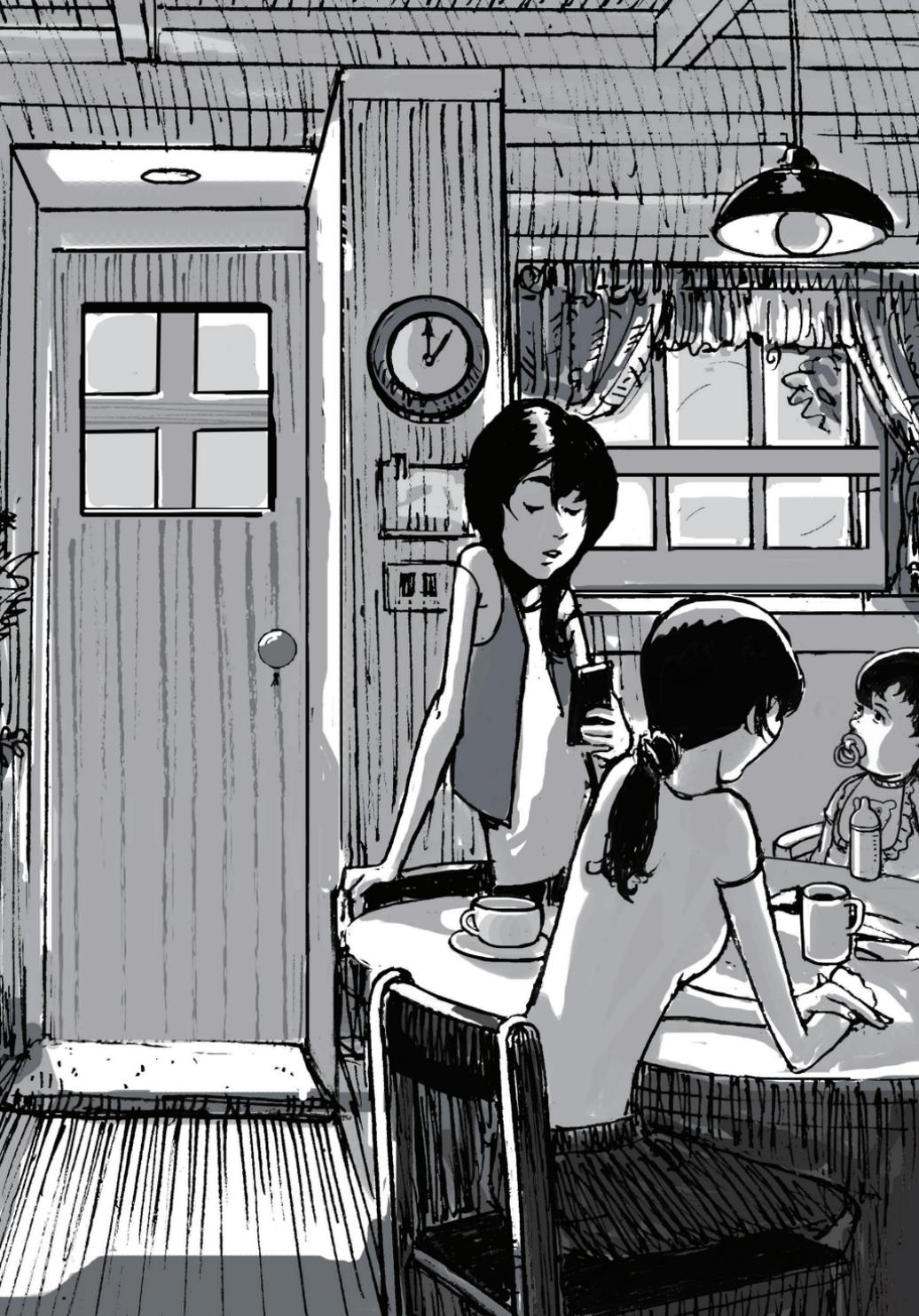
longseller

ESENCIALES

*A Romi y a Dante.
Encallados a ellos para siempre.*

Índice

1. Mensaje en una botella	9
2. No cualquier pejerrey	15
3. San Antonio Este	21
4. La otra playa	29
5. Los últimos	35
6. Sombras	39
7. Una larga historia	43
8. La maldición del <i>Mercurius</i>	49
9. La canción de <i>Danielle</i>	55
10. Remar	61
11. Ese que habita el faro	69
12. Una fiesta gris	79
13. Pesadillas	83
14. Puertas	89
15. <i>Maledictum</i>	99
16. Ellos	111
17. Las líneas de Nazca	119
18. ¡Ellos!	129
19. Tres	135
20. Sacrificio	143
21. Copenhague	151
22. Una versión más razonable	161
23. La paradoja del abuelo	167



Mensaje en una botella

Daniela no sentía que aquellas fueran las vacaciones más aburridas de su vida. Pero casi.

Al principio había disfrutado eso de estar lejos del departamento de la Capital, no podía negarlo. El mar, el aire fresco, una cena en el jardín de la casita alquilada a tres cuadras de la playa... sí, estaba bueno. Por un tiempo, claro. Ya hacía varios días que, para Daniela, ese tiempo se había cumplido. Despertarse con el piar de los pájaros y el sonido lejano del oleaje era acogedor. Pero había comenzado a extrañar ese otro piar: el de las bocinas de los autos. Y ese otro oleaje lejano: el traqueteo del tren sobre las vías. Al fin y al cabo, ella era una chica de ciudad. ¡Y aún le quedaba una semana en San Antonio Oeste!

San Antonio de los Muelles Pacientes, ese era el nombre completo de aquel sitio. Aunque a Daniela se le ocurría que bien podría haberse llamado San Antonio de los Muelles Muertos. Al menos, reflejaría el estado de los pocos muelles que había visto: semihundidos, con algunas salientes de madera podrida asomando por encima del agua, como los brazos levantados de alguien que se está ahogando. De todas maneras, los habitantes de aquella localidad costera –no serían más de setenta personas, ¡ochenta, con toda la furia!, incluido el

intendente— habían reducido el nombre a San Antonio Oeste. ¿Y por qué se empeñaban en resaltar el punto cardinal? Pues porque existía también un San Antonio Este. Daniela lo descubrió en un mapa amarillento colgado en el pequeño despacho de informes turísticos de la comunidad, un cubículo de madera casi tan muerto como los muelles. Un grupo de lugareños se turnaban para estar en aquella oficinita. Según escuchó, en una época la había atendido un verdadero guía de turismo, pero hacía largo tiempo que los había abandonado. ¡Lo bien que hizo! A ella le tocó hablar con un hombre con aliento a puerto y con unos bigotes tan tupidos como sus cejas.

No tardó en descubrir que, de esa otra mitad del pueblo, prácticamente no se hablaba.

—No hay nada en el Este —le había dicho el bigotudo—. Ni siquiera los surfistas, que suelen buscar playas desiertas, se acercan. Es la parte vieja del pueblo.

La parte vieja... ¡Entonces, estaban veraneando en la parte nueva!

Allí, lo más parecido a un supermercado era un almacén atendido por una señora que llevaba unos tubos en el pelo que, según su mamá, se llamaban “ruleros”.

El único restaurante era un club social y deportivo en donde los lugareños se la pasaban jugando a las cartas y al dominó, o hablando de tiempos perdidos, de cuando embarcaciones de todo el mundo amarraban en los flamantes muelles. Nada de ilusionarse con un plasma en la pared. Lo único que colgaba en ella eran fotos en blanco y negro de un equipo de fútbol que antiguamente había representado a San Antonio Oeste en los campeonatos locales. Había que agradecer que ellos, en la casita, tuvieran un televisor del tamaño de un mueble y sin control remoto. Claro, para qué querían un control remoto si apenas sintonizaba

cinco canales. ¡Cinco! Además, había que rogar que no soplara con fuerza el viento marino, porque entonces solo se veía uno. Y lo peor de todo: ¡su celular no tenía señal! Solo un día, en la playa, donde nunca eran más de una docena de personas –contando a sus papás y a Santi, su hermanito–, había podido conectarse... durante medio minuto. Ese momento fugaz de modernidad no le había alcanzado ni para mandarle un mensaje de texto a Sofi, su mejor amiga.

Aquel mismo día encontró la botella.

Lo primero que pensó fue que algún tarado, después de tomar su bebida, había usado el mar como tacho de basura. Sin embargo, a medida que aquel objeto se acercaba a la playa, llevado y traído por el oleaje, Daniela fue sintiendo curiosidad. Tal vez solo era una excusa para dejar, por un momento, de estar aburrida; pero, de pronto, quería esa botella.

Se metió en el mar y nadó hasta aquel envase a la deriva. Era de vidrio, con la boca tapada por un corcho. Las olas se la sacaron de la mano en un par de ocasiones, pero al tercer intento, agarró la botella con fuerza y la trajo hasta la playa.

Contemplar esa botella le hizo recordar el cementerio de envases viejos que juntaban polvo en la terraza de la casa de sus abuelos.

—Si un coleccionista de botellas subiera acá —le había dicho al nono—, se volvería loco.

Sus abuelos los habían ido a despedir a la terminal de ómnibus. Sus abuelos y Chester, el chihuahua del que casi nunca se separaban. El nono le había dado un largo y hermoso abrazo, como si sus padres la llevaran de vacaciones a la Luna.

—Cuidate, Dany —le susurró al oído mientras la apretaba cariñosamente—. Cuidate mucho. Y nunca olvides la canción. Si te sentís sola o angustiada, cantarla puede ayudarte a seguir.

Su abuelo era un exagerado. Se refería a *Maravillosa Copenhague*, una canción que le hacía escuchar una y otra vez en su viejo tocadiscos. Tanto, que terminó aprendiendo de memoria el estribillo. Aunque de Copenhague solo sabía que era la capital de Dinamarca.

La abuela, como siempre, fue mucho más medida. Se limitó a sonreírle y a revolverle el pelo con su mano arrugada. Y no era que la nona la quisiera menos, para nada, pero tenía, como solía decir su mamá, “más carácter”.

Daniela también extrañaba a sus abuelos. Apenas volvieran a la ciudad, los visitaría. Se divertía mucho con ellos, sobre todo, cuando intentaba explicarles cómo usar un celular o navegar por Internet.

Navegar... Lo que había navegado hasta ella, aquel día de playa, era esa extraña botella. En el vidrio, sobresalía en relieve una extraña palabra: MERCURIUS. Pero más se sorprendió cuando la levantó y los rayos de sol atravesaron el grueso cristal. En el interior de aquel envase había algo.

Un papel. Un papel enrollado. Increíble... ¡como en una de esas botellas que aparecían en las películas! ¿De qué se trataría? Se imaginó el mapa de algún tesoro o el pedido de rescate de un náufrago desesperado. Pero sus manos ansiosas no le dieron más tiempo a su mente para seguir especulando. Ya habían sacado el corcho y tenían el misterioso papel extendido delante de sus ojos.



NO VEN GAS.

Las páginas 13 a 176
no están disponibles